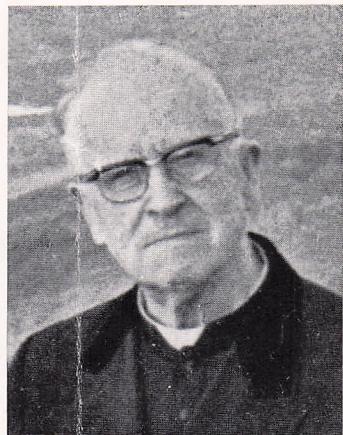


13

ESCUELA SAN JUAN BOSCO
Fernando Reyes, 2 y 3
BARCELONA



Barcelona, 31 de enero de 1974

Queridos hermanos:

La Comunidad Salesiana de San Juan Bosco-Meridiana os anuncia la muerte de

Don Ramón Gironés Suñé

que falleció el día 28 de enero cuando la Comunidad preparaba la celebración de la fiesta de San Juan Bosco.

Moría a la edad de 75 años haciendo 51 que vivía su vida de consagrado en la Congregación y 41 su Sacerdocio.

Nacido en La Fatarella, provincia de Tarragona, y encariñado desde joven con la vocación salesiana se prodigó con total entrega en nuestras obras de Béjar, Tibidabo, Huesca, Valencia, Pamplona, Tarrasa y Barcelona-Meridiana.

Todo corazón en sintonía con Gabriel y Galán, Pereda y Ricardo León, aún en los últimos meses recogía las propias expansiones literarias con su impecable caligrafía: índices todos de un espíritu delicado y de finura de sentimientos.

El cariño de sus antiguos alumnos de Béjar y de Huesca, el recuerdo agradecido de su labor de confesorario en Sarriá, Valencia, Tarrasa y en nuestra Parroquia, las atenciones verdaderamente fraternas reci-

bidas en sus últimos meses que han exigido de nosotros un continuo estar a su lado, son la mejor prueba de que su bondad nos había conquistado a todos.

Por encima de su hablar a trompicones, de su nerviosismo, de sus simpatías y antipatías, de sus caprichos y rabietas de niño grande, había una gran fidelidad a su tarea educativa, a sus convicciones, poco matizadas, es cierto, pero servidas con toda el alma, con un gran corazón, un corazón de oro hecho de bondad.

Fue un gran apóstol del sacramento de la reconciliación. Allá desaparecía su dificultad en el hablar. Era fiel al confesionario al que dedicaba muchas horas en días laborables y festivos. Muchos eran los fieles que acudían a él. Gentes de todas las edades y de toda clase. Personas cultas acudían a él no por su ciencia y alta teología, sino atraídos por su sencilla claridad evangélica, certera a la hora de aconsejar y orientar, y sobre todo por su bondad y generosa comprensión a lo Don Bosco, por su nobleza y sencillez con total ausencia de malicia, por su alma sacerdotal y ciento por ciento salesiana en todo momento y circunstancia.

Valdría la pena reflexionáramos ante la vida de este sencillo salesiano, siempre en servicio continuo dentro de la Congregación.

Si tantos y tan valiosos son los bienes de naturaleza y gracia que Dios nos reparte en rica diversidad, ¿por qué nos quejamos a veces del envoltorio, rechazando su variedad, queriéndolo reducir todo a uniformidad desoladora o a brotes esporádicos de flores de un día?

Una Comunidad, una Familia, es una riqueza de relaciones precisamente porque se dan entre personas diversas y porque hay una voluntad de mantenerlas y mejorarlas a pesar de todo.

Nuestra comunidad es extraordinariamente diversa en esta pluralidad que hace difícil la unidad entre nosotros. En esta pluralidad nos ha unido a lo largo de estos meses últimos la enfermedad de Don Ramón la atención al que nosotros llamábamos familiarmente «el abuelo». Los últimos meses han sido para él de sufrimiento y purificación. Había que hacérsele todo y había que atenderle constantemente.

Bien es verdad que cada uno de los salesianos tienen sus valores y contravalores por formación, por edad, por el modo de ver y vivir su consagración religiosa; se critica con frecuencia la actuación de los más jóvenes, pero han sido éstos los que han brillado en este servicio desinteresado y generoso al salesiano que había dado su vida

por la juventud y que en los últimos años estaba al servicio de los enfermos y los ancianos.

El ha unido a la Comunidad en un servicio y preocupación comunes. Le debemos más a él, que él a nosotros.

Recordamos con gozo la administración de la Unción de los Enfermos. No quería, pues había celebrado muchas, y sabía que su administración presuponía la cercanía de la muerte y él se rebelaba ante este hecho. Bastó mandárselo para que obedeciera como un niño. Era plenamente consciente. Pasó por todos los estados de ánimo: de la resignación a la rebelión, de la pena a la alegría, del silencio meditativo al acompañarnos con el «qué alegría cuando me dijeron vamos a la Casa del Señor...» El, que anclado en sus años, no admitía los cantos nuevos de la Liturgia vio con gusto a su lado las guitarras con que se acompañaban los cantos en la celebración de la Unción de los Enfermos.

Al final quiso dirigirnos la palabra y expresar sus sentimientos: «Qué cosa más maravillosa es morir siendo salesiano», «Qué gozo acabar la vida rodeado de hermanos que me quieren de verdad, como verdadera familia de Don Bosco».

El ha sido llamado este año a celebrar en el cielo la fiesta de Don Bosco. Llevaba varios días sin poder articular palabra alguna. No respondía ni siquiera con el gesto a palabras que se le dirigían, nos parecía que ya no conocía a nadie, pero, preguntado si deseaba celebrar con Don Bosco su fiesta en el cielo, sacando fuerzas de su impotencia hizo un gesto muy significativo con la cabeza.

Seguro que en el abrazo de llegada le habrá agradecido al Padre su promesa de pan, trabajo y paraíso y que habrá pedido por esta Comunidad que gozó estos años de sus chascarrillos y sus bromas, de sus manías y sus caprichos y sobre todo de su corazón grande y de su afecto.

Allá se habrá juntado con las numerosas almas a las que él había atendido con celo solícito en sus últimos días, con sus enfermos, a quienes visitaba con frecuencia, con sus ancianos con quienes había convivido largas horas en el Centro anejo a la Parroquia.

Os pedimos que os unáis a nosotros en una sincera acción de gracias por el bien que hizo y por el bien que nos ha invitado a hacer.

Damos también nosotros las gracias a cuantos salesianos nos han acompañado en nuestra oración por su eterno descanso, al Padre

Inspector Don Juan Canals que presidió la Eucaristía concelebrada por más de 40 sacerdotes, a Don Francisco Oliván, su mejor amigo como él decía, y que le visitaba con frecuencia para manifestarle su simpatía y para ayudarle en los últimos meses, a tantos salesianos que nos acompañaron estos días, a las religiosas de Santa Ana que le cuidaron con caridad cristiana viniendo dos o tres veces cada día para atenderle, a cuantos creyentes se unieron a nosotros en el dolor por su muerte y en la esperanza de su resurrección.

Su larga enfermedad, sus achaques que aceptó con fe, maduraron su fidelidad. La muerte, ha dado a su consagración el supremo cumplimiento.

Nos unimos al sacrificio de Cristo, pidiendo, si lo necesitara, su definitiva purificación.

El recuerdo de su vida consagrada nos anima a nosotros a purificarnos de nuestra radical miseria, de nuestro egoísmo, de la estrechez de nuestro corazón, del apego a nuestro modo de ver las cosas del momento.

Que Don Ramón Gironés una en la caridad que no acaba a esta Comunidad que pretende ser fiel al Evangelio y a Don Bosco.

LA COMUNIDAD SALESIANA
DE SAN JUAN BOSCO-MERIDIANA

Datos para el necrologio: *Don Ramón Gironés Suñé, nacido en La Fatarella, provincia de Tarragona (España) el 3 de agosto de 1898, muerto en Barcelona (España) el 28 de enero de 1974. a la edad de 75 años, 51 de vida salesiana y 41 de sacerdocio.*